

ANTONIA POZZI

# La Antonia

*Poemas, cartas y fotografías  
escogidos y narrados por*

PAOLO COGNETTI

Traducción del italiano  
DE RAQUEL VICEDO

# Índice

PRIMERA PARTE, 7

Casas

1929

SEGUNDA PARTE, 27

La vida soñada

1930-1933

TERCERA PARTE, 53

Neveros

1933-1934

CUARTA PARTE, 97

Los estudiantes

1934-1935

QUINTA PARTE, 123

En silencio

1936-1937

SEXTA PARTE, 137

Dino y la periferia

1937-1938

SÉPTIMA PARTE, 179

Chiaravalle

1938

EPÍLOGO, 185

Después de ella

1938-2021

Agradecimientos, 193

Nota bibliográfica, 194

Créditos de las fotografías, 195

Índice de los poemas de Antonia Pozzi, 197

PRIMERA PARTE

# Casas

1929



*La Antonia era una chica milanesa que estaba enamorada de la montaña. Nació en invierno, el 13 de febrero de 1912. Yo también nací en Milán en invierno y he pasado por delante de su casa muchas veces. Es un edificio señorial en Via Mascheroni que en la fachada tiene el año de construcción, 1914, así que era nuevo cuando los Pozzi se mudaron allí. El barrio es elegante, está lleno de chalés y casas de esa burguesía industrial y culta que ya no existe en Milán, y queda cerca del parque Sempione, donde me imagino que la Antonia iba a pasear a menudo buscando los árboles, los prados y las aguas de la montaña que tal vez echaba de menos. No se sentía unida ni a aquella casa, sobre la que nunca escribió nada, ni a Milán, salvo por la música que interpretaban en la Scala y en el Conservatorio, y por las ideas que circulaban en el Liceo Manzoni y en la Universidad Estatal, donde conoció a las personas más importantes de su vida.*

*Sentía más suya la campiña lombarda, esa que hay al sur de Milán, en dirección a Pavía. Por parte de madre, venía de allí: los Cavagna Sangiuliani, condes de Galdana, habían sido dueños de vastísimos terrenos a lo largo del Tesino con bosques, campos, granjas, cotos de caza y pesca, pero también de una biblioteca de 80 000 libros, entre los cuales había muchos antiguos y valiosos. Su abuelo había sido un intelectual respetado, un apasionado de la historia de Lombardía. Su abuela, Nena, una auténtica condesa del siglo XIX, aún vivía en Bereguardo, en una gran finca donde la Antonia iba a visitarla con frecuencia. Los canales, los arrozales, los diques, las brumas eran un paisaje*

*que conocía bien, al igual que los meandros y los remolinos de ese gran río. Cuando empezó a escribir poemas, en 1929, dedicó uno a este lugar.*

#### AMOR EN LONTANANZA

Recuerdo que cuando estaba en casa  
de mi madre, en mitad de la llanura,  
tenía una ventana que daba  
a los prados; al fondo, el terraplén boscoso  
ocultaba el Tesino y, aún más al fondo,  
había una franja oscura de colinas.  
Yo por entonces solo había visto el mar  
una vez, pero conservaba de él  
una áspera nostalgia de enamorada.  
Al caer la tarde miraba el horizonte;  
entornaba un poco los ojos; acariciaba  
los contornos y los colores entre las pestañas:  
y la línea de cerros se allanaba,  
trémula, azul: a mí me parecía el mar  
y me gustaba más que el mar de verdad.

Milán, 24 de abril de 1929

*Después, la Antonia verá el mar muchas veces: era una niña rica. Se acostumbrará a los veraneos en Liguria, a los viajes a Sicilia y Grecia, a los cruceros por el Mediterráneo, al igual que a los hoteles de lujo y a los coches con chófer. Y eso que su padre, Roberto Pozzi, no había nacido ni noble ni rico. Hijo de dos profesores, de niño había sufrido el trauma del suicidio de su padre y más tarde el de una hermana adolescente. Aquella enfermedad circulaba por su familia. Había conseguido estudiar hasta licenciarse en leyes, se había especializado en Derecho Financiero Internacional y en Milán, gracias a sus clientes los indus-*

*triales, se estaba labrando una buena carrera: en 1911, su matrimonio con una aristócrata ratificó su ingreso en la alta sociedad. Carolina, conocida como Lina, era frágil y reservada, mientras que Roberto era un hombretón: atlético, extrovertido, resuelto, amante de los negocios pero también del arte, durante la Gran Guerra había sido capitán de Artillería en el río Piave, en el frente italo-austrohúngaro. Aquí lo tenemos: desde una trinchera escruta el campo de batalla y se lo muestra a su hija, que no alcanza a comprender.*

#### IMPRUDENCIA

Recuerdo una tarde de septiembre,  
en el Montello. Yo, todavía una niña,  
con la trenza fina y unas ganas  
locas de correr subiéndome por las rodillas.  
Mi padre, acurrucado en un pasillito  
excavado en una elevación del terreno,  
me señalaba a través de una rendija  
el Piave y las colinas; me hablaba  
de la guerra, de sí mismo, de sus soldados.  
En la sombra, la hierba gélida y afilada  
me rozaba las pantorrillas: bajo tierra,  
puede que las raíces absorbieran aún  
alguna gota de sangre. Pero yo ardía  
en deseos de saltar fuera,  
bajo el sol invasor, para recoger  
un puñado de moras de un seto.

Milán, 22 de mayo de 1929

*Hacia el final de la guerra, en 1917, Roberto compró una mansión del siglo XVIII en Pasturo, al pie de la Grigna, cerca del lago de Como. ¿Con qué intención? Valsassina no era un sitio de moda: un valle agrícola que no da al lago, montañas que a duras penas alcanzan los 2500 metros, no hay milaneses ricos, por lo general solo campesinos. Si buscaba un lugar donde dárselas de señor, tal vez fuera lo único que podía permitirse. Y tal vez no fuera una casualidad que eligiera un lugar al norte de Milán, al pie de las montañas, lejos de la llanura lombarda y de la rama noble de su familia... Después de la guerra, con sus grados de antiguo oficial, retomó la carrera de abogado en Milán. En 1922, la subida de Mussolini al poder marcó el inicio de la era fascista. La adhesión al régimen se daba por supuesta en alguien como Roberto Pozzi, acostumbrado a cabalgar los tiempos. Pero, en su historia, llama la atención que después de la Antonia no llegaran más hijos. Nada de descendencia numerosa, sobre todo nada de varones. Solo aquella hija que escribía poesía. A este hombre ambicioso que no creía en Dios, una mansión medio vacía en Valsassina debió de parecerle una broma del destino, o tal vez una prenda que pagarle a la fortuna.*

*Sin embargo, la Antonia se sentía más unida a la casa de Pasturo que a cualquier otra. Fui a ver la casa un día que nevaba. Hoy pertenece a una orden de monjas y por dentro está irreconocible, salvo por una habitación que se ha conservado más o menos intacta. En la mansión, ella ocupaba una especie de anexo en el segundo piso: un dormitorio, un baño, un pasillito que lleva al estudio. Es el estudio lo que se conserva. No da al patio de la mansión, como la gran logia abierta donde seguro se sentaba en verano. La única ventana da a la parte de atrás, hacia las montañas. Debajo de la ventana hay un escritorio, «mi viejo escritorio», contaba la Antonia en sus cartas, y allí me senté para descubrir qué veía ella cuando levantaba la vista de la página. Veía la Grigna Settentrionale, también llamada «montaña de los milaneses» porque es la que está más cerca de nuestra ciudad y muchos pasan allí los domingos. Desde la ventana del estudio tiene un aspecto más dulce: es una lar-*

*ga sucesión de pastos estivos, alzadas, muritos y caminos de herradura. Pasturo está a casi 600 metros de altura; la cima, a 2400: en la parte de atrás de la mansión hay un jardín, al final del jardín una cancela y de la cancela sale el camino que sube; basta con ponerse las botas y echar a andar. Quién sabe cuántas veces lo recorrería la Antonia. Conque, si esta era su casa y este era su escritorio, la Grigna sería su montaña.*

*Pero es así como me la imagino ahora: de la montaña vuelve a la página y sigue escribiendo. Aquí la tenemos, en el verano de sus diecisiete años:*



Pasturo, 13 de julio de 1929

Cervi querido:

Quiero dedicarle a usted la primera noche que paso en mi feo y dulce pueblo. ¿Qué es un regreso? Algo que, por unas horas, deshace los apretados nudos que separan el hoy del ayer y funde el pasado y el presente con una confianza nueva, donde el mal no tiene cabida.

Mi alma de hoy y mi alma del año pasado se han reencontrado plácidamente y todavía siguen abrazadas, esta noche, en este extraño estudio mío lleno de muebles viejos recogidos de aquí y de allá; el zócalo de madera, el armario empotrado con olor a pino, la ventana ancha y baja, el techo y las paredes irregulares le dan el aspecto de una baita alpina. El estudio está tan lejos de las demás habitaciones que no llega ningún ruido de la casa. Solo, del jardín, unos runrunes monótonos: hoy, en el calor de la tarde, era el zumbido de las abejas sobre los tilos en flor; ahora, es la indolencia de una llovizna abúlica.

Hace unas horas, cuando he entrado, el olor característico de estas paredes me ha embestido y retorcido el corazón como si unas riendas hubieran tirado de él bruscamente...

Frente a este escritorio, el año pasado, ni una sola vez pensé en Dios. Este año pensaré en él. En Carnisio he estudiado mucho: con calma, sin afán. Estoy contenta. También me porto bastante bien. Antes de venir a escribirle, he tocado las *Fuentes de Roma* para pulir mi alma.

Es terrible ser mujer y tener diecisiete años. Dentro, una solo siente un loco deseo de entrega. Tiene usted razón al decir que las mujeres no valen nada. Nosotras vemos antes, pero los ojos también se nos cierran antes. Divisamos las cumbres, pero si alguna llega hasta ellas, es porque tiene mucho de hombre en su interior.

¿No es descorazonador, Cervi, sentirse más purificado por efecto de la música que por efecto de la propia voluntad? Eso es

lo que me pasa a mí esta noche. Aun así, no desespero. Desde el año pasado, he progresado un poquito. Seguiré progresando. ¿Lo cree usted?

Con mucho cariño,

su Antonia Pozzi

*«Cervi querido» es Antonio Maria Cervi, el profesor de Latín y Griego de la Antonia en el primer ciclo de bachillerato, durante el curso 1927-1928, solo un año, porque después él se mudó a Roma. ¿Es extraño que una estudiante le escriba una carta así a su antiguo profesor? En el caso de Cervi, no; es uno de esos profesores que conquistan a los chicos: en clase los llama «hermanos» y «hermanas». Está soltero, tiene treinta y cinco años, es un sardo que creció en Nápoles y que lleva una vida dedicada por completo al estudio y a la escuela, un profesor cultísimo y apasionado. Con algunos de sus alumnos ha establecido relaciones sólidas, les da consejos incluso en la distancia, les presta o regala sus libros. Es muy creyente —de ahí la referencia a ese Dios «no pensado» de la Antonia, que recibió una educación laica— y perdió en la guerra a un hermano mayor, Annunzio, que a sus ojos era mejor que él y que escribía poesía. A veces, entre una lección de Griego y otra de Latín, Cervi lee estos poemas a sus alumnos, y la Antonia, al igual que el resto, queda cautivada por ellos.*

*Qué tristeza tener que renunciar a un profesor así al cabo de solo un año. Pero durante el segundo ciclo de bachillerato ella le escribió, él le contestó y la distancia se reveló como una oportunidad para abrirse el uno al otro. Los que escriben cartas saben cuánto se puede llegar a intimar con papel y pluma... En primavera, tuvieron ocasión de volver a verse: ella viajó a Nápoles, Amalfi, Salerno y de vuelta a Génova en barco. En Nápoles se encontró con Cervi después de casi un año de distancia y cartas: él la acompañó a Pompeya, pasaron tiempo a solas. Ella, que antes lo veneraba, se enamoró. ¿Cómo sabemos que la Antonia está enamorada? ¡Porque al regresar de ese viaje comienza a escribir poemas! Un río de poemas, en la primavera y el verano de 1929.*

*Los escribe para sí misma y para él: en los poemas le cuenta quién es, lo que ve, lo que vive, después copia los poemas en un cuaderno y se los manda. Durante las vacaciones de verano, entre Pasturo, Sicilia y los Dolomitas, sus poemas se vuelven sensuales, casi eróticos. A lo mejor es verdad, tal vez sea terrible ser mujer y tener diecisiete años, pero hay algo arrollador en la voz de la Antonia ese verano.*

CANTO SALVAJE

He gritado de alegría en el ocaso.  
Buscaba ciclámenes entre las zarzas:  
había subido hasta el pie de una roca  
hinchada y rugosa, quebrada por las matas.  
Sobre el prado acribillado de cascajos,  
sobre la cabeza rubia de las margaritas,  
sobre mis cabellos, sobre mi cuello desnudo,  
desde lo alto del cielo, se desmigajaba el viento.  
He gritado de alegría mientras bajaba.  
He idolatrado la fuerza áspera y salvaje  
que hace que mis rodillas tengan ganas de saltar;  
la fuerza desconocida y virgen, que me tensa  
como un arco en la dirección adecuada.  
Todo el camino olía a ciclámenes;  
los prados languidecían en la sombra,  
estremecidos aún por caricias de oro.  
A lo lejos, en un triángulo de verdor,  
el sol se demoraba. Habría querido  
lanzarme, de un salto, hacia esa luz;  
y tumbarme al sol, y desnudarme,  
para que el dios moribundo se saciara  
con mi sangre. Después quedarme, de noche,  
tendida en el prado, con las venas vacías:

y que las estrellas apedrearán furiosas  
mi carne seca, muerta.

Pasturo, 17 de julio de 1929

CANTO DE MI DESNUDEZ

Mírame: estoy desnuda. Desde la inquieta  
languidez de mi melena  
hasta la tensión ágil de mi pie,  
toda yo soy una delgadez inmadura  
recubierta de color marfil.  
Mira: pálida es mi carne.  
Parece que la sangre no fluya.  
El rojo no trasluce. Solo un lánguido  
pálpito azul se desdibuja en mi pecho.  
Ve qué ahuecado tengo el vientre. Incierta  
es la curva de las caderas, pero las rodillas,  
los tobillos y todas las articulaciones  
son flacas y fuertes, como las de un purasangre.  
Hoy me arqueo desnuda, en la claridad  
del baño blanco, y me arquearé desnuda  
mañana, sobre una cama, si alguien  
me toma. Y algún día desnuda, sola,  
tendida bocarriba bajo un montón de tierra,  
estaré, cuando la muerte me llame.

Palermo, 20 de julio de 1929



## VÉRTIGO

Agárrame por la cintura,  
hombre. El rellano es estrecho.  
Y el abismo es un remolino aterrador  
que quiere absorbernos.  
Mira: la falda herbosa, de la que emerge  
este chorro extático de peñas,  
parece un camposanto inmenso,  
con sus piedras blancas.  
Querría lanzarme de cabeza  
en la fluidez vertiginosa;  
querría caer sobre un duro macizo  
y arrancarlo y triturarlo, yo,  
con mis manos escuálidas;  
sacarle querría, en cuanto cruz  
de cementerio, una sola palabra  
que me iluminara. Y después bebería  
a sorbos gozosos mi sangre.

Agárrame por la cintura,  
hombre. Se desplaza la niebla  
y lame y disipa mi pesadilla disparatada.  
Dentro de poco la veremos extenderse  
sobre los valles, y nosotros estaremos en la cumbre.

Agárrame por la cintura. ¡Oh, qué dulces  
tus ojos dubitativos,  
tus ojos de puro cristal azul!

Pasturo, 22 de agosto de 1929

## Agradecimientos

Doy las gracias a Guido Agostoni, Giovanna Calvenzi, Marco Dalla Torre, Andrea Perini, Marina Spada y Elisabetta Vergani por la generosidad que me han mostrado mientras trabajaba en este libro. Gracias de corazón. Dedico mi pequeña parte a Mariateresa, mi madre, una chica de 1938 enamorada de la montaña.

## Nota bibliográfica

Existen varias ediciones de los escritos de la Antonia y numerosos estudios sobre ella. Para la información biográfica me he basado sobre todo en el texto de Graziella Bernabò, *Per troppa vita che ho nel sangue* (Àncora, 2012), y en el de Marco Dalla Torre, *Antonia Pozzi e la montagna* (Àncora, 2009). La edición completa de los poemas en mi poder es *Poesia che mi guardi* (Luca Sossella editore, 2010), la de las cartas *Ti scrivo dal mio vecchio tavolo* (Àncora, 2014) y la de los diarios *Mi sento in un destino* (Àncora, 2018), las tres editadas por Graziella Bernabò y Onorina Dino. Los pies de las fotos tomadas en Val d'Ayas provienen de *Soltanto in sogno – Lettere e fotografie per Dino Formaggio* (alba pratalia, 2011). El archivo completo de las fotografías de la Antonia se conserva en el Centro Internazionale Insubrico de la Università degli Studi dell'Insubria, que está procediendo a la edición completa de las mismas.

## Créditos fotográficos

Gracias al Centro Internazionale Insubrico de la Università degli Studi dell'Insubria Varese por todas las fotografías.

Aquellas en las que aparece la Antonia, no se sabe quién las hizo. Las demás son suyas.

En cambio, las fotos de las páginas 13 y 186 son de Florio Rizza, y se hicieron en febrero de 2021 expresamente para este libro.

## Índice de los poemas de Antonia Pozzi

- A Emilio Comici, 126
- Agua alpina, 60
- Amor en lontananza, 10
- Belleza, 100
- Campamento, 61
- Canto de mi desnudez, 17
- Canto salvaje, 16
- Cita, 113
- Collar de días, 23
- Confiar, 102
- Desierto, 44
- Ejemplos, 31
- «En campiñas de viento», 131
- En la orilla, 117
- En un cementerio de guerra, 55
- Escena única, 45
- Fe, 41
- Hermanas, a vosotras no os importa..., 30
- Imprudencia, 11
- La vida soñada, 50
- Las montañas, 148
- Leve ofrenda, 102
- Muerte de una estación, 151
- Neveros, 80

Nocturno, 68  
Noviembre, 29  
Para Emilio Comici, 176  
Periferia, 129  
Periferia, 165  
Periferia en abril, 133  
Plegaria a la poesía, 94  
Refugio, 92  
Separación de las montañas, 65  
Septiembre, 70  
Subir, 73  
Tiempo, 112  
Trenes, 134  
Un destino, 108  
Vértigo, 19  
Via dei Cinquecento, 167